

OBRAS COCIDAS EN CACETAS DE

HILDA MEROM

La corteza de la tierra

La búsqueda de identidad es una perpetua compañera para muchos artistas contemporáneos, más aún para un artista de la comunidad israelí, la cual es una amalgama de inmigrantes llegados al nuevo Estado de Israel durante el último siglo.

Hilda Merom nació en Argentina, aunque sus padres llegaron a aquel país desde Polonia. En 1971 se trasladó a Israel para articipar en un "kibbutz". La batalla por moldear su identidad y enfrentarse a las múltiples culturas que había recibido comenzó, como un largo viaje, con una joven e inexperta Hilda y acabó años después, cuando estableció el taller en su propia casa, en Kfar Veradim ("el pueblo de las rosas"), un pueblo escondido en las verdes colinas de Galilea.

En el taller del "kibbutz", Hilda conoció la cerámica bajo los auspicios de un ceramista creador de vocaciones. Comenzó a ampliar sus conocimientos para convertir la cerámica en su principal ocupación. Posteriormente

te vivió cinco años en Estados Unidos, donde estudió artes visuales en la Universidad Internacional de Florida, graduándose en cerámica con el catedrático Bill Burke. Durante este periodo aprendió el arte vanguardista de Estados Unidos y la cerámica en particular. Además tuvo la oportunidad de participar en seminarios con algunos de los ceramistas más conocidos de esa época, como Peter Vouklos, Paul Soldner y Don Reitz. Los ecos de esta influencia, junto con la del movimiento del expresionismo abstracto, permanecen con Hilda Merom hasta hoy.

Después de volver a su país instaló su propio taller, y, por medio del trabajo duro y la investigación constante, llegó a un estilo auténtico, que expresa, sin duda, sus orígenes y personalidad. Paul Soldner dijo una vez en una entrevista: "*Veo el estilo de vida de un artista como una parte de... y similar a su obra*" (1). Este es el caso de Hilda Merom

Una vez que se dio cuenta de que la comprensión de su desarrollo artístico estaba firmemente anclado a su entorno más cercano (el paisaje que rodea su casa, la gente de los alrededores), el camino de la creatividad se abrió ante ella. El cuerpo de obra más reciente es el resultado de esta conclusión (2).

Hilda Merom es una artista prolífica que produce obras con diferentes procesos, aunque el campo que acapara su atención es la técnica cerámica de cocción en caceta, con la que ha conseguido grandes resultados.

Principalmente son dos las formas que predominan en su obra cerámica más reciente: Una, las formas de crecimiento vertical tipo vasija, formas rotundas que se asientan cómodamente en una base grande, alcanzando, en ocasiones, los ochenta centímetros de altura, e incluso más. Las paredes verticales se cierran suavemente en un rotundo cuello. Son piezas vigorosas, que nunca tienen una simetría total (por otro lado no buscada), ya que, en ocasiones, se provoca el descentrado. Hilda tiene, al parecer, una fuerte aversión a la simetría; por consiguiente, presiona aquí o allá para conseguir siempre que la pieza se incline a un lado.

La segunda de las formas más habituales en su cerámica es de expresión horizontal, tipo plato, realizada al torno o con una plancha de barro. Manipula los bordes con incisiones o cortes, algunos de los cuales acaban siendo fisuras.

El rasgo común a ambas formas, vasijas y platos, es el tratamiento superficial, que es único en color y textura. Tanto las vasijas como los platos reciben una superficie rugosa y agreste, firmes incisiones cruzan las partes más visibles, añadidos de arcilla dan un perfil matérico, creando un relieve de calidad geológica. Las luces y las sombras se manifiestan de una forma dramática, que también es resaltada por zonas de suaves colores de variada intensidad, desde un rosa pálido a un rojo intenso, con mezclas de amarillo y blanco. La coloración y el tratamiento superficial se consiguen en la hechura de la obra cerámica v